

RELATO DE UN ASESINO

MARIO MENDOZA

Relato de un asesino

© Mario Mendoza, 2021

© Por imagen de cubierta: Garavato (@tavogaravato), 2021

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2021

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Diseño de colección: Juanfelipe Sanmiguel

Diseño de interior: Departamento de diseño Planeta

Primera edición: abril de 2001

Primera edición de esta colección rústica (Colombia): agosto de 2022

ISBN 13: 978-628-7568-06-8

ISBN 10: 628-7568-06-2

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Este proyecto ha sido posible gracias al apoyo de:

- Programa Distrito grafiti de la Alcaldía Mayor de Bogotá
(Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte e Instituto Distrital de las Artes – IDARTES).
- Cuerpo oficial Bomberos de Bogotá
(Estación de Chapinero, Estación del Restrepo)
- Árbol Naranja

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*La naturalidad con que es posible
deslizarse hacia la locura.*

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Tenía el poder de la demencia de mi parte.

PAUL AUSTER

*Existe cierto tipo de ficciones mediante las
cuales el autor intenta liberarse de una obsesión
que no resulta clara ni para él mismo. Para bien
y para mal, son las únicas que puedo escribir.*

ERNESTO SABATO

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
Capítulo I	
DOCTOR JEKYLL Y MÍSTER HYDE	13
1.....	17
2.....	39
3.....	59
Capítulo II	
LOS TRES MAESTROS.....	69
1.....	75
2.....	89
3.....	105
Capítulo III	
EL DESCENSO A LOS INFIERNOS	111
1.....	117
2.....	137
3.....	149

Capítulo IV	
EN BUSCA DEL DESIERTO	161
1.....	167
2.....	173
Capítulo V	
SAMSARA O LA RUEDA DE LAS APARIENCIAS	209
1.....	215
2.....	223
3.....	235
4.....	247
Capítulo VI	
EL ABISMO FINAL.....	259
1.....	267
2.....	271
EPÍLOGO.....	281

PRÓLOGO

Hasta el año 2000 yo estaba dividido entre la academia y la creación. Es una división esquizofrénica que resta convicción y seguridad en sí mismo. La pregunta permanente era: ¿seré capaz de hacer la obra, tendré la suficiente disciplina para ello? Entonces renuncié a una década de vida universitaria y me encerré a escribir esta novela, mi primera como profesional. Eran sesiones de doce y catorce horas de trabajo al día. Muy agotador. Quería entrar a la ciudad desde la perspectiva de la psicopatología criminal.

En esta novela le presté mi niñez y mi adolescencia al protagonista para que encarnara mejor, para que tuviera tendones y músculos de verdad, para que el lector lo sintiera más próximo, más real. Supe desde el principio que esta novela y la siguiente (*Satanás*) conformarían un díptico sobre la ciudad, un diagnóstico psiquiátrico de nuestra época. No habían llegado los famosos spree killers (asesinos relámpago), pero yo ya me estaba aproximando a ellos literariamente.

Es curioso, pero recuerdo esos años de escritura febril como un encierro perfecto, como si me hubiera convertido en un monje de clausura. El mundo se fue quedando allá, lejos, y solo existían mis personajes, las calles de mi ciudad, una realidad conformada por tinta y papel. Durante dos años no hice nada más que escribir de día y de noche, poseído, alucinado, en contacto con otro mundo y tropezándome con los personajes en los cuartos y los pasillos de mi apartamento de entonces.

Capítulo I

DOCTOR JEKYLL Y MÍSTER HYDE

Mi celda es un cajón estrecho, mínimo, en el que paso las horas y los días leyendo y observando a través de la única ventana un cielo nublado y grisáceo que en muy contadas ocasiones permite la entrada de los rayos del sol. Leo lo que sea: periódicos, revistas, libros, historietas, lo que caiga entre mis manos. Es la única sensación de libertad que tengo. Y cuando digo libertad me refiero no sólo al placer de no estar atrapado por los cuatro muros de la celda, sino sobre todo al regocijo que siento de ausentarme de mí mismo y de los terribles recuerdos que atenazan mis entrañas en una tortura interminable. La otra libertad, la del sueño, me ha sido negada: sufro de un insomnio atroz que me obliga a vigilar la noche como si fuera una lechuza esperando la caída de sus víctimas.

He pedido un permiso especial para escribir y me ha sido otorgado. Hoy el guardia, con cierta gentileza, me ha entregado tres cuadernos de hojas rayadas, cinco lápices, dos borradores blancos y suaves, y dos tajalápices metálicos que dejan las puntas finas y afiladas. Sé que contar mi historia no será fácil. Los extraños hilos que me condujeron al crimen, al asesinato vil y despiadado de una persona, se remontan en el tiempo a los primeros años de mi niñez, cuando supe que yo estaba llamado a cumplir un destino oscuro y fuera de lo común. Ahora que puedo verlo todo hacia atrás como quien revisa una película en una videograbadora, me queda claro que sin darme cuenta fui armando palmo a palmo el edificio de mi

desgracia. Tejé con precisión milimétrica la red del infortunio y la fatalidad, y el final, como era de suponer, fue mi propia destrucción.

Quise ser en algún momento un gran artista, un escritor virtuoso que penetrara con lucidez y talento los laberintos de su tiempo, y la verdad es que estuve a punto de lograrlo. Pero no, yo no estaba llamado a las cumbres del prestigio y la respetabilidad, no, lo mío siempre ha sido el camino descendente, las rutas de la desdicha. Y está bien así, pues ya despojado de ilusiones y sueños de grandeza, puedo enfrentar con sinceridad, por primera vez, el conmovedor equilibrio espiritual que causa la escritura. En esta oportunidad no escribo creyendo que estoy haciendo una gran obra, convencido de que soy un escritor con obligaciones literarias y artísticas. Ya despojado de la imagen de Narciso, del intelectual enamorado de su propia imagen, me dispongo a un ajuste de cuentas conmigo mismo, a un cara a cara que me permita ahondar en los motivos que me fueron convirtiendo poco a poco en un animal salvaje y solitario que terminó asesinando sin ningún asomo de misericordia. Este individuo que ahora desliza el lápiz sobre el papel sabe que es un recluso miserable y sólo desea confesar su historia buscando en ese gesto un poco de paz, de sosiego y de tranquilidad interior.

Cierro los ojos y viajo hacia atrás en el largo camino de la memoria.

1.

El barrio de Santa Ana era a comienzos de los años setenta un lugar donde la clase media acomodada buscaba expandir la ciudad de Bogotá hacia los suburbios del norte. Con grandes zonas deshabitadas y potreros baldíos a su alrededor, el barrio fue sin embargo creciendo lentamente hasta convertirse en dos barrios diferentes: Santa Ana Oriental, en la parte alta de la carrera Séptima, colindando con las montañas, donde se construyeron grandes mansiones y edificaciones suntuosas, y Santa Ana Occidental, en la parte baja de la carrera Séptima, que terminó siendo un barrio de una clase media inclinada a la rutina, el arribismo y la mediocridad. El caño que bajaba de las montañas por la diagonal ciento ocho trazaba a su vez una línea divisoria entre Santa Ana Occidental y el barrio Francisco Miranda, que albergaba en una de sus calles la llamada Cuadra China, sitio donde familias humildes de jardineros y albañiles abrieron tiendas y minimercados para aumentar sus ingresos mensuales. Los hijos de esas familias eran muchachos que asistían a escuelas públicas, rudos, toscos, dados a probar su hombría a golpes, que crecían sin autoridad y sin ley. Sobra decir que nosotros, los muchachos de la clase media, teníamos que ir a comprar legumbres, frutas, huevos, pan, cigarrillos y refrescos a la Cuadra China, y nos veíamos entonces en la penosa situación de ser blanco de las burlas y las provocaciones de esos jóvenes que nos odiaban por nuestra posición social y nuestra forma correcta de pronunciar las palabras.

Mi caso, para ser sincero, era bastante patético. A los seis años de edad había sufrido una apendicitis que degeneró en una peritonitis. La infección se extendió a gran velocidad y alcanzó a mostrar asomos de gangrena en las regiones cercanas al peritoneo. Otro inconveniente fue que la fístula producto de la cirugía había quedado abierta y no cerraba correctamente. Así las cosas, permanecí siete meses en la clínica, y luego de una reunión general, los médicos de la institución decidieron declararme como «paciente desahuciado», es decir, como un enfermo cuya muerte era cuestión de horas. Recuerdo el instante exacto, a la caída de la tarde, cuando el sacerdote entró con la Biblia en la mano para orar conmigo y darme la extremaunción. Una enfermera perteneciente a alguna orden religiosa lo acompañaba, y, al ver mi cara de sorpresa e ingenuidad, no pudo evitar un llanto triste y nostálgico. Tal vez lloraba por ese hijo que nunca tuvo, por ese hogar que nunca construyó. Acaso sus lágrimas indicaban que por debajo de los hábitos religiosos la voz de la naturaleza le recordaba, sin que ella lo pudiera evitar, su vocación de madre.

—¿Qué sucede? —pregunté con voz ahogada.

—Tranquilo, mi amor, vamos a rezar por ti —me contestó la hermana con dos lagrimones a punto de caer de sus ojos.

—¿Y me voy a mejorar?

—Sólo Dios lo sabe, corazón —afirmó la religiosa.

—Y si Dios es tan bueno, ¿por qué me deja aquí?

—No sé, mi amor... Él es el padre Alberto y va a orar por ti...

Tienes que tener fe...

El sacerdote me dio el famoso sacramento de los enfermos y permitió entonces la entrada de mis padres, que habían permanecido destrozados en una sala de espera del corredor, muy cerca de mi habitación. La inminencia de mi muerte los afectaba de manera brutal puesto que habían perdido ya una hija, la mayor, que había nacido estrangulada por el cordón umbilical.

Esa misma noche mi padre se rebeló ante la situación de impotencia desesperada que lo embargaba y decidió hablar con el médico

encargado para tomar el mando de la situación. Como profesor universitario de Biología y Medicina Veterinaria tenía conocimientos en la materia.

—No puedo quedarme cruzado de brazos mientras mi hijo se muere —le dijo al médico que me atendía.

—¿Y qué piensa hacer?

—Voy a triplicar la dosis de penicilina.

—El cuerpo del pequeño no va a resistir. Lo va a matar.

—Prefiero eso y no verlo morir sin hacer nada.

—En ese caso usted se hace responsable de lo que suceda.

—No hay problema.

—Tiene que firmar unos documentos.

—Muy bien.

—Sígame por favor.

Mi padre se hizo cargo de mi defunción. Quiso el azar, sin embargo, rescatarme de los brazos de la muerte, y empecé a responder bien al exceso de antibióticos que corría por mi cuerpo intentando liberarlo de una infección maligna que se negaba a desaparecer. Con lentitud, pero también con seguridad, fui sobreponiéndome a la enfermedad y logré por fin entrar en un período de convalecencia. Mi padre y un compañero suyo de trabajo lograron cerrar la fístula y cicatrizar la herida mediante un procedimiento salvaje que solían utilizar con vacas y terneros en las fincas donde a veces eran contratados como veterinarios: raspando panela con un cuchillo sobre la carne lesionada. La panela, o azúcar sin refinar que salía de los trapiches, era considerada en el mundo rural un cicatrizante eficaz y milagroso. Lo cierto es que la abertura fue cerrándose ante la expresión atónita de los médicos, que veían en ello el triunfo del mundo primitivo sobre los nuevos métodos científicos y civilizados de las grandes ciudades.

Las secuelas de tantos meses de estar en cama fueron devastadoras: pérdida exagerada de peso, dolores tremendos en la región lumbar, calambres constantes en los músculos de las piernas que mi

madre intentaba calmar con masajes y fricciones, raquitismo y una debilidad general en todo el cuerpo. Supongo que los daños psicológicos debieron ser muchos y graves, pero no soy tan consciente de ellos como quisiera. Sólo sé que desde entonces aborrezco enfermarme y tener que pedir ayuda a alguien, por mínima que esta sea. Dependí tanto de los demás en esa época, era tanta mi fragilidad, que detesto aquellos momentos de mi vida en los cuales me he visto en la obligación de solicitar auxilio, y que evocan en mí, claro está, al niño endeble, desfalleciente y vacilante que fui en aquel entonces. Como es evidente, sufro de un malestar físico y mental cuando tengo que visitar consultorios médicos, hospitales o centros de salud. Apenas ingreso en dichas instituciones y percibo el olor inconfundible de los medicamentos y desinfectantes, apenas observo las batas blancas de médicos y enfermeras y escucho los lamentos de los pacientes en las salas de espera, unas punzadas cortantes me atraviesan el cerebro y un ahogo intermitente me impide respirar con normalidad. De igual forma me repugna la dependencia afectiva. En el instante mismo en que empiezo a detectar en mí una dependencia sentimental con respecto a alguna mujer, de inmediato surge el desprecio por mi propia flaqueza, una especie de ira contenida por mi falta de entereza y autosuficiencia. Quiero ser claro en esta explicación: no es que me moleste amar a alguien o sentir la necesidad de afecto, lo que me indigna es la dependencia, el vínculo malsano que conduce a un débil a apoyarse en un fuerte y obligarlo a cargar con su presencia. Creo que durante esos meses de mi infancia soñé tanto con estar saludable y fuerte, imaginé tantas veces que yo era un muchacho atlético y fornido, y anhelé de día y de noche poder valerme por mí mismo sin la ayuda de nadie, que desarrollé un culto exagerado por la vitalidad y la dureza espiritual.

El día que se convirtió en símbolo de mi mejoría lo tengo muy claro en la memoria: eran las tres de la tarde cuando sentí en todo el cuerpo un hambre brutal, unos deseos de comer que me hicieron salivar y que me obligaron a decir con voz firme y decidida:

—Tengo hambre.

Al lado de la cama estaban mis padres y una tía, hermana menor de mi padre, que vivía alternando su residencia entre Colombia e Italia. Mi padre y ella se acercaron a la cama.

—¿Qué dices? —preguntó mi padre.

—Que tengo hambre —repetí.

Mi padre sonrió. Veía en esa sola frase la frontera entre la vida y la muerte.

—¿Qué quieres comer?

Miré a mi tía, alta, morena, simpática, jovial, siempre con un comentario divertido entre los labios.

—Espagueti —afirmé.

Ella soltó una carcajada y me tomó de la mano.

—Voy a prepararte el espagueti más sabroso de toda tu vida. En media hora estoy de regreso.

Así fue. Mi tía preparó en su apartamento, que quedaba a pocas calles de la clínica, unos espagueti con mantequilla, albahaca, sal, aceite de oliva y queso parmesano. No se atrevió a cocinar salsas que pudieran afectar mi estómago atrofiado. Y tenía ella razón: jamás un plato de comida volvió a significar tanto para mí. Recuerdo el olor del aceite de oliva y del queso parmesano cuando ella acercó el plato a mi barbilla, la suavidad de la pasta deslizándose por mi boca, el color verde de la albahaca jugando con el salpicado contraste del parmesano, el sabor exquisito de la mantequilla de leche de vaca y el sonido fantástico que hacía mi boca al masticar y devorar cada porción de esa comida bien sazonada, esa comida que me produjo un placer tal, que estuve a punto de echarme a llorar de simple y pura alegría.

Llegué a Santa Ana promediando los seis años de edad. Tuve que guardar cama unas semanas más, y luego, muy lentamente, me fui incorporando y aprendí de nuevo a caminar. La atrofia de las piernas era severa y recuerdo los intensos dolores que me causaron esos primeros pasos. A medida que el tiempo fue avanzando y que logré

desplazarme solo —sin apoyarme en nada ni nadie— por las diferentes estancias de la casa, fui sintiendo la necesidad de independizarme, de rehacer mi vida y de regresar al colegio a estudiar como cualquier muchacho normal que anhela tener amigos, una rutina que le organice la cotidianidad, unos libros, unos cuadernos, unos lápices y, lo más importante, unos juegos que le permitan reinventar el mundo, recrearlo desde la riqueza múltiple de la imaginación. Para ello era imprescindible alcanzar primero un punto mínimo de equilibrio físico que me permitiera caminar, subir, bajar y mover los brazos sin la torpeza característica de los enfermos y los lisiados. Me empeñé entonces en fortalecer los músculos para recuperar el brío y la agilidad que tanta falta me habían hecho durante los últimos meses. Una noche le pedí a mi padre su colaboración:

—Papá, necesito un reloj despertador.

Mi padre se acercó a la cama donde yo dormía y no ocultó la extrañeza que le causaba mi solicitud.

—Pero si todavía no estás en el colegio, ¿para qué quieres un despertador?

No dudé en mi respuesta:

—Quiero madrugar y salir a correr.

Él se sonrió y se dirigió a mí con cierta camaradería:

—Quieres fortalecer esas piernas, ¿eh?

Asentí.

—Muy bien, mañana te lo traigo.

—¿Seguro?

—Prometido.

Me dio un abrazo, apagó la luz de mi cuarto y salió sin hacer ruido.

Dos días después comencé a imponerme un horario estricto en la madrugada para salir a correr. Me costaba un gran trabajo que las piernas respondieran a la disciplina diaria de ejercicio, pero mi obstinación triunfó y cada mañana iba yo viendo los pequeños avances que me permitían albergar esperanzas con respecto a mi recuperación definitiva. Corría alrededor de un modesto parque que quedaba frente a

mi casa, y los primeros días las escenas fueron lamentables: trastabillaba con cualquier guijarro o pedrusco que me tropezara en el camino, resbalaba a cada paso si había llovido la noche anterior, me iba de bruces, perdía el equilibrio, cojeaba, y, lo peor de todo, daba una vuelta o dos y quedaba exhausto, rendido de fatiga y con las piernas adoloridas. Pero volvía a intentarlo al día siguiente, y así, a punta de fuerza de voluntad y de carácter, vi cómo mis piernas se fueron acostumbrando al ritmo que yo les exigía. Las dos vueltas iniciales se convirtieron en cuatro, en ocho, en diez. Mientras tanto, iba aprendiendo también que el deporte es el arte de cómo ser superiores a nuestra más íntima fragilidad, de cómo doblarse sin romperse, de cómo ir más allá del dolor, del cansancio y del agotamiento extremos. Es un desplazamiento constante de los límites que nos rigen y nos gobiernan, y semejante lección sería útil más tarde en otras instancias de mi vida.

Ingresé de nuevo al colegio recién cumplidos los siete años. Había mejorado mucho pero aún continuaba siendo un muchacho endeble, huidizo e inseguro. En el barrio, cuando mi madre me enviaba a comprar alimentos a la Cuadra China, tenía que soportar los insultos y las provocaciones de los jóvenes que trabajaban y vivían en ese sector. Entre ellos había uno en especial, regordete él, de unos diez años más o menos, apodado el «Chanco», que no podía verme por ahí cerca porque de inmediato se iba encima a buscarme camorra. Su aspecto sucio y maloliente lo hacía parecer mayor y más duro de lo que era en realidad. Un día me detuvo cerca del caño de la calle ciento ocho, justo en el puente que dividía su barrio del mío. Yo llevaba en una bolsa pan, jabón de baño y jugo de naranja.

—Quieto ahí, flacuchento —me ordenó amenazante.

Me quedé inmóvil, atemorizado.

—¿Qué llevas ahí? —señaló la bolsa que estaba en mi mano derecha.

—Cosas para la casa.

—¿Qué cosas?

—Pan, jabón y jugo de naranja —enumeré nervioso.

—Ajá —dijo él acercándose un par de pasos.

La primera reacción que tuve fue echar para atrás y voltear el rostro para medir la posibilidad de una fuga.

—Ni lo pienses —dijo él descubriendo mis intenciones—. Te alcanzaría en un minuto y la verías mucho peor.

Sabía que él tenía la razón, así que me quedé fijo en mi posición inicial, como si me hubieran atornillado al puente.

—Así está mejor, flacuchento.

Siguió acercándose hasta llegar a mi lado. Nos separaban escasamente treinta centímetros.

—Tengo sed, necesito un trago de jugo —afirmó el Chanco con una sonrisa de superioridad.

—No, por favor —dije en tono de súplica.

—Ajá, tengo sed.

—Mi mamá me mata si ve el jugo abierto.

El Chanco ridiculizó mi frase con la voz aflautada:

—«Mi mamá me mata si ve el jugo abierto». ¿Y a mí qué me importa? Ese es tu problema.

—Por favor, entiende.

El Chanco me quitó la bolsa de la mano, la abrió y sacó el envase de plástico donde estaba el jugo de naranja.

—No hagas eso, por favor —dije con los ojos aguados.

Sordo a mis súplicas, el Chanco abrió la tapa del envase y bebió un par de tragos largos, como si se tratara de un alcohólico agarrado a una botella de licor. Tapó de nuevo el envase, lo metió en la bolsa y me la regresó mientras se limpiaba la boca con la manga de la camisa.

—Estaba delicioso.

No dije nada. Miraba el piso para evitar los malignos ojos del Chanco.

—Nos vemos, flacuchento.

Se hizo a un lado y se marchó con rumbo desconocido. Seguí mi camino derrotado, humillado, avergonzado de tanta impotencia.

Al llegar a casa mi mamá me increpó:

—¿Por qué te demoraste tanto? Seguro andabas echando globos, como siempre.

Sacó los encargos de la bolsa.

—¿Qué es esto? —gritó enfurecida.

—Tenía sed, mamá.

—¿Y no puedes llegar a la casa y servirte en un vaso, como la gente decente?

—Perdón, mamá.

—Además nos toca a todos bebernos tus babas... Puerco, sucio...

—Lo siento, mamá.

—Eres un chancho.

El insulto no podía ser peor. Subí a mi cuarto y me encerré para estar solo. Abajo, en la cocina, se escuchaba la voz de mi madre maldiciéndome.

Mi siguiente encuentro con el Chancho fue otra pesadilla. Volvió a tomarme por sorpresa en el puente, en esa frontera que dividía nuestros mundos.

—Te extrañaba, flacuchento.

Bajé la bolsa y me quedé petrificado.

—¿Qué llevas ahí? —me preguntó autoritario.

—Pan, Coca-Cola y cigarrillos.

—Perfecto, me encanta el pan con Coca-Cola.

Eso sería mi muerte. Mi madre me desollaría vivo y después me crucificaría en el jardín.

—Por favor...

—Por favor qué, flacuchento...

—No hagas eso.

—Me gusta el pan con Coca-Cola. ¿Cuál es el problema?

—Me van a matar.

—¿Quién te va a matar?

—Mi mamá.

—Tú eres un niño mimado, no te van a hacer nada.

Se acercó, agarró la bolsa y sacó de ella el envase de un litro de Coca-Cola.

—Espera, espera —dije de pronto, iluminándome.

—Me estás sacando de quicio —dijo el Chanco molesto, con la botella de Coca-Cola en la mano.

—Espera, te propongo algo.

—Qué...

—Te doy otra cosa a cambio del pan y la Coca-Cola.

—¿Otra cosa? —dijo el Chanco interesado.

—Sí, te doy algo que yo tengo si me dejas llevar los encargos completos a mi casa.

—¿Y qué tienes tú?

Metí la mano en el bolsillo derecho del pantalón y saqué un puñado de bolas de cristal de distintos colores. La luz del sol las hacía refulgir y resplandecer, como si se tratara de un tesoro de metales preciosos.

—Canicas —respondí con seguridad.

Los ojos del Chanco brillaban de codicia. Sabía que podía quitármelas y luego tomarse la Coca-Cola y comerse el pan, así que decidí jugármela a fondo:

—Tengo más, cada vez que me dejes pasar el puente sin problemas, yo te pago con canicas.

—¿Cuántas tienes?

—Hagamos un trato: cinco bolas por cada pasada.

El Chanco me estudió de arriba abajo, se tomó su tiempo y luego dijo con seguridad en la voz:

—Diez bolas por cada pasada.

—¿Diez?

—Sí, diez.

—Son muchas.

—Dile a tu mamá que te las compre.

La frase me ofendió. El regordete se creía que yo era un princesito consentido que iba por toda la casa exigiendo lo que se le antojara.

—En mi casa nadie compra canicas.

—¿Ah, no?

—No, yo me las gano jugando en el colegio.

—Pues entonces, de ahora en adelante, tienes que jugar más para pagarme.

Vi la Coca-Cola todavía entre sus manos. Cualquier cosa con tal de llegar a casa a salvo. Conté diez bolas, guardé las cuatro restantes en el bolsillo del pantalón, y tendí hacia él mi mano derecha abierta.

—Listo, aquí están las diez. Déjame pasar.

El Chanco las contó, las revisó a contraluz y en seguida me regresó dos.

—Éstas están dañadas. Cámbiamelas.

Las tomé, elegí de las cuatro restantes las dos mejores, las cambié por las que él me había regresado, y se las entregué con una de mis mejores sonrisas.

—Ten, son las mejores que tengo.

El Chanco me regresó la bolsa y el envase cerrado de Coca-Cola. Alzó el dedo índice y me amenazó con él mientras afirmaba:

—No recibo bolas rotas o en mal estado.

—Tranquilo, te daré las mejores que tenga.

Él sonrió lleno de satisfacción, se dio media vuelta y tuvo la gentileza de despedirse:

—Me gusta hacer negocios contigo. Adiós, flacuchento.

Suspiré y emprendí el retorno a casa con paso apresurado. Sabía que mi madre me estaría esperando ansiosa.

Así me convertí, a los siete años, en víctima de los chantajistas profesionales de la Cuadra China. Era una especie de siervo de la gleba que tenía que pagar un tributo regular a su señor feudal. Me sentía un miserable esclavo sometido, sin libertad y sin posibilidades de escapar a las poderosas redes de la injusticia. En el colegio tenía que jugar más de lo acostumbrado para alcanzar a recoger las bolas de la cuota del Chanco, y, además, imponerme horarios de adiestramiento en la casa para ir subiendo de nivel en un juego donde la exactitud, la concentración y el buen pulso son requisitos indispensables. Llegué incluso

a vendarme los ojos y practicar así, ciego, adivinando la posición de las bolas en la oscuridad. Comencé entonces a ser temido por mi buena puntería y era difícil que alguien que conociera mi hoja de vida en el juego de canicas se atreviera a retarme.

Al finalizar la clase de turno sonaba la campana y todas las puertas de los salones se abrían para dar paso a jóvenes apresurados y nerviosos que no tenían tiempo que perder. La cita era en un prado que terminaba en un terraplén, donde los jugadores tomaban posición y se preparaban para los enfrentamientos. Había dos clases de jugadores: los pasivos y los activos. Los primeros colocaban, en un terreno con altibajos y huecos disimulados, grupos de cuatro o cinco canicas llamados «morros», trazaban una línea a tres o cuatro pasos, y esperaban un tirador que quisiera intentarlo. El individuo debía ubicarse detrás de la línea y lanzar desde allí: si daba en el morro se llevaba las cuatro o cinco canicas, y si no le daba perdía en cada tiro su bola de cristal. Los jugadores activos eran estos, los tiradores que lanzaban siempre e intentaban dar en el blanco. Yo pertenecía a ellos puesto que mi excelente puntería me obligaba a correr riesgos y a ir de morro en morro procurando alzarme con los grupos de bolas. Los tonos multicolores de las esferas de cristal, sus distintos tamaños y configuraciones, los gritos de júbilo y las maldiciones cargadas de improperios, los rostros sudorosos y preocupados de los jugadores, y la mirada envidiosa de los espectadores que recorrían el lugar sin atreverse a entrar en el juego, hacían que por momentos, de lejos, la escena se pareciera más a un complejo mercado árabe que al patio de recreo de un colegio en una privilegiada mañana de verano.

Yo me destacaba en los estudios y en ciertos juegos de destreza manual como las canicas, el yoyo o el trompo. Mi constitución física continuaba siendo frágil y endeble, aunque seguía empeñado en salir a correr todas las mañanas. Las secuelas de la enfermedad no desaparecían e impedían mi fortalecimiento corporal. Eso me relegaba al grupo de los ineptos para el deporte, de los tímidos y de los cobardes. En el colegio esta categoría es la peor de todas, y, en más de una

oportunidad, por ejemplo, tuve que regresar temeroso las bolas de cristal ganadas en franca lid, soportar empujones e insultos sin decir nada o sencillamente salir corriendo para evitar alguna golpiza.

Mis padres construyeron una casa a dos calles de distancia y la mudanza me alegró, puesto que me alejó de un espacio que era para mí símbolo de enfermedad y desventura. En esa primera casa había sufrido los espantosos dolores de las piernas en mi esfuerzo por volver a caminar, los agujonazos agudos en la espalda y las punzadas intensas que cruzaban mi costado derecho al aguantar el drenaje del último foco de pus que había conformado en ese sector un pequeño absceso. El cambio de domicilio significó una nueva habitación, un nuevo patio interno, más espacio para jugar y deambular por ahí eludiendo la presencia de los adultos, y un nuevo paisaje que auguraba un futuro prometedor.

Lo más positivo de ese cambio fue el grupo de muchachos que vivía en las casas de la misma calle y que me adoptó de inmediato como uno de los suyos. Eran dos o tres años mayores que yo y por lo tanto tuve que esforzarme para igualarlos en la larga lista de deportes que practicaban: atletismo, béisbol, baloncesto, ciclismo, y el deporte obligatorio que no falta en ninguna calle de América Latina: el fútbol. Mi torpeza inicial no fue ningún problema y el grupo me jaló hasta adiestrarme y convertirme, sin que yo me diera cuenta, en un deportista que se levantaba creyéndose Kareem Abdul Jabar y se acostaba convencido de que era capaz de anotar goles con la elegancia y la jerarquía de Pelé. Mis vecinos, esos muchachos despiertos y despreocupados que llegaban en grupo y que timbraban y esperaban afuera con sus manillas de béisbol y sus bicicletas sucias y llenas de barro, fueron para mí lo más importante y sagrado en esa búsqueda de fuerza y vitalidad, fueron los encargados de salvarme por fin de esa vida insana y malograda que hasta entonces había sido la mía. A partir de ese momento la palabra «amistad» significó para mí una congregación secreta, una fraternidad oculta que luchaba contra la fatalidad del mundo, un pelotón compacto que combatía unido y que ni siquiera ante la tortura o

amenaza de muerte traicionaba a los suyos, un comando especial que había sido entrenado para enfrentar cualquier forma de adversidad o malaventura. Yo no tenía vecinos, sino caballeros andantes que jamás atentaban contra su código de honor, guerreros bien entrenados en las artes de la guerra y en la lucha cuerpo a cuerpo. Y, por supuesto, yo no vivía en un barrio de clase media, sino en la corte del Rey Arturo, y además había tenido el privilegio de ser elegido como uno de los caballeros de la Mesa Redonda.

Entre esos jóvenes había uno mejor dotado que los demás para la pelea y las pruebas de exigencia física: Bruno. No sé por qué se entabló entre nosotros una especie de hermandad que nos unió y nos hizo amigos inseparables. Él me enseñaba a lanzar desde fuera de la zona para anotar cestas de tres puntos en baloncesto, o cómo gambetear con rapidez para eludir el contrario en los partidos de fútbol, y yo lo ayudaba en sus tareas de español y matemáticas (estábamos en el mismo curso aunque él era dos años mayor que yo), que para Bruno eran las torturas máximas, el horror hecho conocimiento. Solía cerrar los ojos y gritar:

—¡Una tarea más y me voy a vivir al Amazonas! ¡Te lo juro!

Por algún motivo Bruno intuyó que a mí me sucedía algo vergonzoso que ocultaba y que me atemorizaba de mala manera cuando teníamos que incursionar en el otro barrio. Un día me interrogó de frente, sin rodeos:

—¿Qué es lo que pasa con la gente del otro barrio?

—¿La gente del otro barrio? —dije despreocupado, haciendo la cara de «¿estás hablando conmigo?».

—Sí, te pones nervioso cuando tenemos que pasar por la Cuadra China.

—¿Nervioso?

—No te hagas el idiota.

—No sé de qué me estás hablando.

—Sólo descansas cuando ya hemos pasado el puente de regreso.

—Estás exagerando, Bruno.

—Somos amigos, ¿sí o no?

—Pues claro.

—Entonces cuéntame.

—Pero es que no tengo nada que contar.

Bruno suspiró y se me plantó justo enfrente:

—Callarte es no confiar en mí, y no confiar en mí es una manera de traicionarme.

Me sentí acorralado. Y la verdad es que en el fondo estaba ya bastante cansado de los chantajes del Chanco y tal vez había llegado el momento de librarme de él.

—Es una historia fea —bajé la cabeza como admitiendo una culpa.

—No importa, dime.

—¿Te acuerdas que te conté lo de mi enfermedad?

—Sí.

—Hace un año yo estaba mucho más débil.

—Sí, ¿y?

—¿Reconoces al Chanco?

—¿El de la Cuadra China? —preguntó Bruno.

—Sí, él.

—Es un güevón completo.

—Pues desde hace un año, más o menos, tengo que pagarle en bolas de cristal una especie de peaje para cruzar el puente.

—¿A ese gordo de mierda?

—De lo contrario me abre los paquetes y me roba ahí en mis propias narices.

—¿Y tú no haces nada?

—No he sido capaz de enfrentarlo. Es más grande que yo.

—No puede ser —dijo Bruno agarrándose la cabeza con las dos manos.

—Te dije que era una historia fea.

Estábamos en mi casa, sentados en la barda de la entrada. Bruno comenzó a caminar dando círculos, como un perro atrapado en una jaula.

—Déjame pensar —dijo con la cara roja, enfurecido.

Dio unos pasos más y luego se detuvo súbitamente. Una ligera sonrisa le cruzaba el semblante.

—Listo, lo tengo.

—¿Qué? —pregunté sin entender nada.

—Tengo un plan.

—¿Un plan?

—Vamos a quitarnos a ese güevón de encima.

—No nos metamos en problemas.

—Vamos a enseñarle a esa bola de grasa a respetar.

En seguida Bruno se frotó las manos y continuó:

—El Chanco tiene un hermano menor, es más o menos de tu edad.

—Sí, lo he visto.

—Bien, vamos a cogerlo prisionero, lo llevamos al parque y tú te vas a buscar al Chanco.

—¿Qué? —dije abriendo los ojos.

—Cuando el Chanco llegue planteamos una pelea en igualdad de condiciones. Tú contra el hermano y yo contra el Chanco.

—Pero...

—¿Crees que puedes con el hermano?

La mirada de Bruno indicaba «eh, compañero, no me vayas a fallar». Me envalentoné.

—Claro que puedo.

—Pues entonces vamos a darle una paliza al par de hermanitos —sentenció Bruno satisfecho.

Mi amigo se las ingenió para vigilar la Cuadra China durante tres días y estableció con cierta precisión el horario de los hermanos. Trabajaban en la mañana en la tienda de su padre, asistían a la escuela en la jornada de la tarde, de dos a seis, y el resto del tiempo vagabundaban por ahí, cada cual por su lado. Nosotros llegábamos del colegio a las cuatro y media, así que decidimos cambiar el plan inicial, esperarlos en la carrilera del tren a las seis y veinte y cogerlos por sorpresa de una vez a los dos juntos. El día elegido fue el viernes.

Me preparé para esa tarde haciendo flexiones de pecho, abdominales y practicando golpes en el aire, como hacen los boxeadores cuando imaginan al contrincante frente a ellos. En el colegio no pude concentrarme y escuchaba a la directora de clase sin entender sus palabras, ido, pensando todo el tiempo en la prueba que significaba para mí esa primera pelea infantil. No me atemorizaba ser golpeado, sino defraudar a Bruno, desilusionarlo, obligarlo a alejarse de mí porque yo era un ser abyecto, cobarde y despreciable.

La hora llegó y yo estaba listo. Me sentía de pronto tranquilo y confiado. El Chanco venía caminando con su hermano por la carrilera, cada uno haciendo equilibrio sobre un riel. Llevaban los libros en la mano. Nosotros estábamos sentados en un banco de cemento del parque. Bruno se volteó y me dijo:

—¿Estás listo?

—Sí.

Como si fuera mi hermano mayor, Bruno puso su mano sobre mi hombro, me apretó con fuerza y esbozó una ligera sonrisa de complicidad:

—Te va a ir bien, no te preocupes. Sólo recuerda que debes golpear primero.

—Bien.

Nos pusimos de pie y caminamos en línea recta hasta alcanzar la carrilera del tren. El Chanco y su hermano nos vieron ir hacia ellos, se detuvieron y no supieron en un primer momento qué hacer ni qué decir. Nosotros seguimos caminando y nos detuvimos sólo cuando nos encontramos delante de ellos. El Chanco intentó inicialmente controlar la situación:

—Vaya, vaya, ¿quién anda por aquí? —me miró a los ojos—. ¿Qué tal, flacuchento?

Bruno intervino de inmediato:

—Flacuchenta será su puta madre.

El Chanco palideció, parpadeó varias veces sin decir nada, pero se recompuso del insulto y volvió a dirigirse a mí:

—¿Te tocó traer ayuda, flacuchento? ¿No puedes arreglar tus problemas solo?

Esta vez respondí yo con seguridad:

—Sí puedo, Chanco, por eso estoy aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensas hacer?

—Arreglar mis problemas de una vez.

—¿Y cómo piensas hacerlo, flacuchento?

Bruno empezó a salirse de casillas.

—No lo vuelva a llamar así, saco de mierda.

El Chanco miró un punto medio entre Bruno y yo:

—¿Están buscando problemas los niñitos mimados?

—Escúcheme bien, gordo hijueputa: el que está metido en problemas es usted —afirmó Bruno con el rostro trastornado.

—¿Ah, sí? —dijo el Chanco, nervioso.

—Sí —respondió mi amigo elevando la voz.

Entonces Bruno sonrió como si estuviera poseso, me miró un instante en silencio, y luego me dijo ladeando la cabeza hacia un costado:

—Muéstrale a esta bola de grasa cómo solucionas tus problemas.

Sentí que una fuerza irracional inundaba todo mi cuerpo y lo irrigaba de la cabeza a los pies. Era una chispa de fuego energético que enviaba alguna divinidad para protegerme en medio de la guerra, y yo era un elegido de la Mesa Redonda que debía salvar el honor del Rey Arturo. No lo pensé y saqué un gancho de izquierda que dio en todo el centro de la cara del hermano del Chanco. Los libros se le cayeron de la mano, trastabilló y se fue de espaldas sobre las piedras de la carrilera. No pensé que tuviera tanta fuerza en el brazo, era increíble ver el resultado de mi primer puñetazo. Por un segundo me quedé inmóvil sin poder creer lo que mis ojos estaban viendo. Bruno me sacó de mi letargo: golpeó al Chanco en medio de las piernas, en los testículos, y se arrojó sobre él tirando trompadas a diestra y siniestra. Parecía una máquina fuera de control, un robot al que se le ha descompuesto algún mecanismo en su interior. El Chanco no pudo detener semejante ataque que lo apabullaba sin

darle tiempo siquiera de protegerse. Volví a mirar a mi opositor, que intentaba levantarse para contraatacar. Sabía que el tiempo corría en mi contra, así que me lancé sobre él, rodamos por el suelo entre bloques de madera, piedras y los rieles del ferrocarril que se clavaban en nuestros costados como lanzas atravesándonos las costillas.

No supe cuánto tiempo estuvimos combatiendo. Al final escuché la voz del hermano del Chanco que me suplicaba con el rostro hinchado y cubierto de sangre:

—No me pegues más, por favor.

Me detuve con la respiración entrecortada.

—Me rindo, no más —volvió a decir.

Me incorporé. Bruno estaba al lado mío, sonriéndome. Noté que el Chanco gemía desde el suelo, como si lo hubiera arrollado una locomotora. Mi amigo lo pateó una última vez en la espalda y le advirtió con voz neutra:

—La próxima vez le quiebro las piernas y lo dejo parálítico de por vida.

Nos abrazamos, cruzamos el parque felices, radiantes, como si acabáramos de hallar el camino de regreso al paraíso. No dejábamos de hablar y de comentar los detalles de la pelea.

Cuando llegamos frente a nuestras casas, Bruno me señaló con el dedo índice y me dijo:

—Tienes el labio hinchado y el pómulo un poco morado.

Me toqué y, en efecto, la inflamación era evidente. Él agregó:

—Debiste golpearte con las piedras cuando rodaste por el suelo.

No sabía cómo iba a explicarles a mis padres lo sucedido. Tenía miedo de que si se enteraban de la verdad, me prohibieran la amistad con Bruno. Le dije:

—Tenemos que inventarnos algo.

—No se me ocurre nada —dijo él.

—Un accidente o algo así.

—Ya sé... Saquemos tu bicicleta, la estropeamos un poco y llegas malherido simulando una caída... Nadie dudará de ti...

—Perfecto —asentí entusiasmado.

Logré sacar la bicicleta por la puerta del garaje sin que nadie se diera cuenta y nos fuimos con Bruno hasta el caño de la diagonal ciento ocho. Buscamos una parte adecuada para lanzar la bicicleta un par de metros hacia abajo. Se acercaba la noche y nuestras siluetas se recortaban contra un cielo multicolor que se oscurecía lentamente, como si alguien estuviera apagando allá arriba la luz del universo. Parecíamos un par de malhechores en busca de las sombras para esconder sus fechorías.

—Aquí está bien —dijo Bruno deteniéndose.

—Sí, así parece.

—Se dañará, pero no del todo.

—Bien.

Me dispuse a hacerlo, pero cuando ya estaba preparado para soltar el manubrio y empujar la rueda delantera, el impulso inicial desapareció y no fui capaz de desprenderme del aparato.

—¿Qué pasa? —preguntó Bruno.

—No sé.

—¿Es la cicla o tú?

—No soy capaz.

—Suéltala y ya está.

Me volteé y vi el rostro de Bruno cubierto por las tinieblas.

—Le tengo cariño a mi bicicleta —expliqué.

—Pues claro, ¿quién no?

—Es como si estuviera asesinando a una amiga.

—Es un golpe, nada más.

—Sí, pero no puedo.

—Déjame hacerlo a mí.

—Pero hazlo con cuidado, sin exagerar.

—No te preocupes.

Bruno me reemplazó y tiró la bicicleta dos metros en picada. El ruido metálico del golpe lo sentí en el centro del estómago. La recogimos y volvimos a casa acompañados por una noche oscura y sin

estrellas. El labio se había hinchado aún más y la rueda delantera de mi bicicleta parecía un ocho mal dibujado. Pero yo me sentía feliz, como un héroe regresando a casa herido y maltrecho después de haber cumplido con su deber. La vida me había puesto a prueba de verdad por primera vez y yo no había salido corriendo ni había inventado disculpas ni había esquivado mis responsabilidades. No, había puesto la cara, como un soldado en su primer día de batalla, y por ese motivo estaba orgulloso de mí. Con Bruno a mi lado, y la bicicleta entre los dos, sentí que una etapa fundamental de mi vida había quedado atrás para siempre, enterrada en mis primeros años de infancia. Recuerdo que nos dijimos adiós con mi amigo en medio de un largo abrazo, y entré a mi casa haciéndome el herido y pidiendo con voz jadeante: «Mamá, tráeme un poco de hielo, por favor». Monté el show unos minutos, me acerqué al garaje para despedirme de mi bicicleta, y subí a mi cuarto fingiendo dolores y espasmos, como un actor mediocre en un teatro de segunda. Tomé un bolígrafo y escribí en el almanaque que estaba colgado detrás de mi puerta, justo en el espacio dedicado a ese día y a ese mes: *La Era de la Fragilidad ha concluido.*